

# En torno a la crítica del concepto de movimientos sociales: negación y lucha de clases

Manuel Garza<sup>1</sup>

Recibido: 06 de agosto, 2017

Aceptado: 22 de noviembre, 2017

## RESUMEN

El artículo plantea que las expresiones recientes de luchas sociales en el mundo han generado entre algunos analistas la percepción de que es necesario trascender la estrategia de adecuar los conceptos para explicar los rasgos inmediatos de aquellas. Al respecto, aquí se argumenta que es necesario poner en cuestión el concepto mismo de movimientos sociales, que ha permanecido como marco analítico, pese a los cambios observables en los fenómenos empíricos. Proponemos la noción del movimiento social como *modo de existencia* en el que se exterioriza la lucha, pero en el cual es, al mismo tiempo, negada. La recuperación de las nociones de clase y lucha de clase, fetichización y de la forma como negación, concebidas desde la perspectiva del *marxismo abierto*, como crítica de una *sociología marxista*, permite dar cuenta de mejor manera de las luchas en la sociedad capitalista. Lo que aparece entonces como novedoso en los enfoques de movimientos sociales se concibe como el desbordamiento de la lucha en relación con la *forma* movimiento.

**Palabras clave** | *Movimientos sociales, Lucha de clases, Negación, Forma, Fetichización.*

---

<sup>1</sup> Doctor en Sociología por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). Maestro en Sociología con atención al Desarrollo Regional, por la Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca (México). Profesor investigador de Tiempo Completo en el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca. Responsable del Cuerpo Académico Estudios Políticos. Correo electrónico: [magaze@iisuabjo.edu.mx](mailto:magaze@iisuabjo.edu.mx)

## ABSTRACT

### **About the critique of the concept of social movements: negation and class struggle.**

The article argues that recent expressions of social struggles in the world have generated among some analysts the perception that it is necessary to transcend the strategy of adapting the concepts to explain the immediate features of struggle. In this regard, it is argued that it is necessary to dispute the very concept of social movements, which has remained as an analytical framework despite observable changes in empirical phenomena. The notion of social movements is proposed here as a *mode of existence* in which the struggle is externalized, but in which it is at the same time denied. The recovery of the notions of class and class struggle, fetishization and the form as negation, conceived from the perspective of *open Marxism*, and not from a *Marxist sociology*, allows a better account of the struggles in capitalist society. What appears as a novelty in the approaches of social movements is conceived as the overflow of struggle in relation to its expression in the *form* of movement.

**Keywords | Social movements, Class struggle, Negation, Form, Fetishization.**

## INTRODUCCIÓN

Frente a las expresiones de lucha que sacudieron a distintos países del mundo árabe, del sur de Europa e incluso Estados Unidos en el período 2008 - 2011, enmarcados bajo las etiquetas “primavera árabe”, “Indignados” y “Ocupa”, Donatella Della Porta (2015) se hace una pregunta fundamental: ¿por qué prácticamente ha desaparecido del estudio de los movimientos sociales la reflexión sobre el contexto de las relaciones sociales en que surgen las crecientes protestas frente a los efectos de la crisis neoliberal? Concretamente, la cuestión refiere a la desaparición de las relaciones capitalistas como un elemento relevante para la comprensión de la identidad, las formas de acción, y los modos de organización y estrategias de las protestas más recientes. La autora señala, además, que en la literatura es posible encontrar tentativas de retorno a enfoques marxistas que procuran recuperar elementos conceptuales capaces de dar cuenta de los rasgos de las expresiones de lucha contemporáneas. Y cuestiona expresamente si no es necesario volver a la discusión sobre el capitalismo y las divisiones de clase para atender al desafío de dichas luchas. En este sentido, su apuesta particular es la de combinar las aportaciones de los estudios sobre movimientos sociales con

las de la economía política y la teoría de la democracia (Della Porta, 2015: 8). A diferencia de tal idea, en este artículo proponemos no una vuelta a la discusión sobre el capitalismo, sino a la crítica de las categorías, en este caso concreto, la de movimientos sociales. Lo hacemos desde una perspectiva, la del marxismo abierto, que plantea la necesidad de abrirlas para descubrir en su interior el antagonismo, la lucha. Se trata, entonces, de una vuelta a la crítica marxista del capitalismo, y no a la adición de consideraciones sobre las relaciones capitalistas como “contexto” de las luchas.

El planteamiento de Della Porta, que evidencia una inadecuación de la conceptualización actual de movimientos sociales, no es un caso aislado. En realidad, es posible identificar en la amplísima literatura dedicada a su estudio, indicios sobre la necesidad de repensar los marcos establecidos de la teoría y la investigación en este ámbito. Esto parecería irrelevante si atendemos al hecho de que el surgimiento de enfoques novedosos parece haberse convertido en un rasgo característico del campo de análisis de los movimientos sociales. En este sentido, desde la década de los años sesenta del siglo veinte, los cambios recurrentes observados en el mundo empírico de las movilizaciones han impulsado discusiones sobre la necesidad de adecuar las aproximaciones existentes. Hasta los años sesenta, los enfoques generados en la denominada Escuela de Chicago y posteriormente en el estructural funcionalismo, por un lado, y en el marxismo, por el otro, constituían las tradiciones dominantes en el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales. Las luchas que tuvieron lugar en diversas regiones del mundo, simbolizadas de manera notable por el año 1968, plantearon importantes desafíos a esas tradiciones.

Las explicaciones existentes parecían poco adecuadas para dar cuenta de lo que se aparecía como novedoso. Particularmente, no se encontraban rasgos de pertenencia de clase en los actores movilizados, lo que ponía en aprietos a las explicaciones marxistas y, por otro lado, tampoco parecía aceptable caracterizar a esos actores como poco integrados, marginales al sistema, y a sus acciones como irracionales, lo que cuestionaba las explicaciones funcionalistas y del comportamiento colectivo. Además, las demandas enarboladas, las formas de acción y de organización aparecían claramente distintas a las del pasado. En respuesta al desafío, surgirían los enfoques de los “Nuevos movimientos sociales” y de la “Movilización de recursos” (Tarrés, 1992). El movimiento obrero y el nacional, prototipos de las formas de acción colectiva anteriores, se convirtieron entonces en los “viejos” movimientos. Y con ellos, las perspectivas del comportamiento colectivo y del marxismo fueron también hechas a un lado.

Menos de treinta años después, alrededor de fines del siglo XX, el denominado Movimiento por la Justicia Global (Della Porta y Diani, 2006), inaugurado por lo que se conoció como la batalla de Seattle en 1999 (Rodrigo, 2009), puso de nuevo en el primer plano la necesidad de pensar en adecuaciones a las aproximaciones para el estudio de las luchas sociales. Della Porta y Diani (2006) consideran que uno de los rasgos fundamentales de esos movimientos fue el retorno de demandas de tipo “material”, relacionadas con la “injusticia social” y esgrimidas por diversos tipos de “desposeídos”.

Mucho menos tiempo después, apenas una década, los movimientos de la llamada primavera árabe, de los Indignados y los “Ocupa”, señalaron de nuevo el imperativo de renovar los espacios de reflexión frente a lo que se ha denominado “movimientos anti-austeridad” (Della Porta, 2015). En opinión de la autora, las nuevas movilizaciones expresarían el rechazo a las medidas de austeridad del Norte global y al deterioro de las instituciones democráticas. El contexto de surgimiento, y el contenido de sus demandas, relacionadas con la crisis del neoliberalismo, obligaría a considerar la dinámica capitalista como condición para comprender los principales rasgos de estos movimientos, como su base social, estructuras organizativas y estrategias (Della Porta, 2015).

En este panorama de urgencia constante de renovación frente a rasgos novedosos (cuando esta cualidad de novedad es permanentemente cuestionada) de las luchas sociales hay, sin embargo, en los análisis recientes, algo distinto: reflexiones que apuntan hacia la necesidad de discutir lo que ha permanecido intocado en las discusiones anteriores, a saber, la noción misma de movimiento social. En este sentido, desde distintas perspectivas se aprecian, en ocasiones apenas como sugerencia y en otras más abiertamente, argumentos respecto a la necesidad de poner en cuestión la pertinencia de mantener dicha noción. En este artículo planteamos una discusión que apunta a la justificación de discutir el concepto mismo de movimientos sociales. Particularmente, de introducir el concepto de lucha, desde la perspectiva del *marxismo abierto* (Bonnet, Holloway y Tischler, 2005). Argumentaremos la necesidad de “abrir” la categoría movimiento social para descubrir en su interior la lucha, y particularmente la lucha de clases. Ello nos permitirá entender las manifestaciones recientes como expresión del antagonismo constitutivo de la sociedad capitalista. Así, lo más notable de esas expresiones de lucha no se encontraría en la renovación de las formas de la protesta, sino en el cuestionamiento mismo de la idea de movimiento social, concebida como “forma”, es decir, como “modo de existencia” de la lucha. Para tal propósito, en la primera parte daremos cuenta de la manera en que

desde distintas tradiciones del estudio de movimientos sociales se ha planteado la inquietud en torno a la pertinencia del concepto. Posteriormente discutiremos el concepto de lucha de clases mediante la crítica de una noción sociológica de clase, y finalmente argumentaremos sobre el concepto de “forma” como modo de existencia en la sociedad capitalista. En el interior de esa forma se expresa la negación de la lucha como movimiento social, y el desbordamiento de esa forma, que da lugar a lo que se percibe como “novedad” en las manifestaciones recientes.

### LA CATEGORÍA “MOVIMIENTO SOCIAL” EN CUESTIÓN

Michel Wieviorka (2012) se preguntaba expresamente, frente a las luchas de los años 2008-2011 en diversas regiones del mundo, sobre la relevancia del concepto movimientos sociales, de cara a las innovaciones que presentaban en lo inmediato. Sintetizaba esos rasgos novedosos en la presencia de una generación carente de involucramiento en la política, ansiosa de crear nuevas formas de vida y que rechaza relacionarse con partidos u organizaciones políticas tradicionales; que, además, se niega a que sean los intelectuales quienes desentrañen desde el exterior, el sentido de sus acciones. Estas luchas, continúa Wieviorka, “inventan palabras, prácticas y un repertorio” (2012: 18). Los sujetos movilizados no quieren tomar el poder, sino cambiar las condiciones en que viven, tener la posibilidad de un futuro y que sus demandas sociales y culturales sean escuchadas y atendidas.

En respuesta a su pregunta, Wieviorka consideraba que el concepto movimientos sociales, particularmente el inspirado en el enfoque de Alain Touraine (1981), mantendría su pertinencia al permitir especificar las innovaciones observadas en las luchas surgidas en el inicio de la segunda década del siglo XXI. Según Wieviorka, estaríamos entrando en una era de renovación de la protesta, después de un período de transición hacia una sociedad distinta de la postindustrial. Los “nuevos movimientos sociales” serían propiamente los que recién habrían emergido, y no aquellos de la fase de transición señalada por la declinación del movimiento obrero (Wieviorka, 2012). Sin entrar a la discusión de los argumentos de Wieviorka, nos basta señalar que lo importante aquí, más que su respuesta, es la pregunta sobre la relevancia del concepto movimientos sociales.

Otros analistas de los movimientos sociales han percibido en las expresiones

de lucha contemporáneas rasgos semejantes a los identificados por Wieviorka. Así, por ejemplo, Geoffrey Pleyers (2010), quien ha realizado un intenso trabajo de campo en varios países, en sus análisis de las luchas contra la globalización capitalista, distingue dos corrientes principales de activistas: los que denomina de la “vía de la razón” y los de la “vía de la subjetividad”. Aquéllos confrontan la ideología neoliberal con argumentos técnicos y profesionales, proponiendo la participación activa de la ciudadanía en la definición de las orientaciones de la política económica. Su lucha se sitúa en el mismo plano de acción de los políticos neoliberales, argumentando técnicamente para refutar las políticas dominantes y, particularmente, la afirmación de que no hay alternativa a la globalización neoliberal (Zermeño, 2013).

Los activistas de la vía de la subjetividad, en cambio, resisten a la globalización neoliberal oponiendo su subjetividad y creatividad a la mercantilización de la cultura, del placer y de la experiencia que promueven las corporaciones globales. Reivindican su capacidad para crear, por sí mismos, espacios en los que se relacionan de una manera distinta a las formas del capitalismo global. Para ellos tiene un valor fundamental la experiencia vivida (Pleyers, 2010), más allá de la búsqueda de efectos sobre el sistema político. Fundamentalmente, rechazan la separación entre objetivos y acción, así como la definición previa de modelos de organización de la vida como meta de sus luchas. En cambio, optan por experimentar las nuevas formas de vida a las cuales aspiran. La separación entre vida cotidiana y activismo desaparece, ya que aquella se convierte en el espacio y el objetivo de la lucha. La amistad y la convivialidad confrontan a las relaciones frías del consumismo y la sociedad de masas. Sin embargo, el autor tampoco puede escapar totalmente a las tensiones que generan los marcos existentes. Así, en su valoración de esta vía de la subjetividad, concluye que su distanciamiento de los ámbitos de la política institucional y su preferencia por la creación de “espacios de experiencia” (Pleyers, 2010) se traducen en limitaciones a la posibilidad de generar cambios más amplios en la vida social.

Desde una perspectiva distinta a las anteriores, se ha propuesto mirar más allá de las expresiones colectivas de protesta para identificar esfuerzos que se orientan a modificar las relaciones sociales existentes. Estas tentativas tienen lugar en espacios cotidianos y son fundamentalmente individuales. En conjunto son identificadas con el término “estilos de vida” (*lifestyles*). Sin embargo, por carecer de rasgos que se asocian a los movimientos sociales, como la organización, el uso de la acción colectiva, la formulación de demandas dirigidas al Estado u otras estructuras de autoridad, generalmente son excluidos de aquella categoría.

Al respecto, Haenfler, Johnson y Jones (2012) han sostenido que es necesario develar el espacio que se encuentra entre los movimientos y los “estilos de vida”. Argumentan que se requiere superar la separación entre ambos. A diferencia de los movimientos sociales, los “estilos de vida” son más difusos, enfocados internamente, y orientados más hacia formas de vida impulsadas por el consumo y la cultura popular. Se trata de prácticas cotidianas de las personas, hábitos de consumo, formas de hablar y de vestirse (Haenfler et. al, 2012).

A pesar de las diferencias, el propósito de los autores es precisamente mostrar los puntos de intersección y la posibilidad de considerar a los estilos de vida como verdaderos movimientos, denominándolos precisamente “movimientos de estilo de vida” (*lifestyle movements*). Uno de sus argumentos principales es que los “estilos de vida” promueven de manera consciente un modo de vivir como medio para producir el cambio social (Haenfler et. al, 2012). Ese compromiso con el cambio social se expresa en una preferencia por las prácticas individuales, en la vida cotidiana, cultivando un modo de vida gratificante personalmente, además de moralmente coherente, en lugar de lanzar desafíos directos al Estado o alguna otra estructura social. La mayor parte de la “acción” de estos movimientos ocurre individualmente, pese a lo cual los sujetos confían en que sus efectos trasciendan sus vidas individuales. Son ejemplos de estas prácticas el vegetarianismo, los grupos defensores de la virginidad, movimientos que buscan vivir la vida cotidiana reduciendo las posesiones y el consumo material por razones sociales, psicológicas y ambientales. También los grupos que promueven un consumo ético basado en el respeto al ambiente natural; movimientos de abstinencia sexual; movimientos que promueven el consumo exclusivo de alimentos producidos localmente; los movimientos que impulsan el reciclaje y la conservación del agua y la energía (Haenfler et. al, 2012).

Los intentos de construir relaciones sociales alternativas a las existentes han sido captados también por la noción de “política prefigurativa”. Concepto que en realidad no es novedoso pues se originó en las tradiciones anarquistas del siglo XIX (Boggs, 1977) y tiene sus antecedentes más recientes en los movimientos consejistas de las primeras décadas del siglo XX y las luchas de los años 60 en Europa. La noción pretende responder a la pregunta formulada por Samuel Farber (2014: 72): “¿Cómo se relacionan el movimiento de hoy y la sociedad del mañana?”. La respuesta es que con este tipo de práctica política se trata de encarnar, en la realidad concreta, existente, las formas de organización y relaciones sociales que se plantean como objetivos últimos de la acción (Boggs, 1977). Se trata de eliminar las posibles discrepancias entre los objetivos y los métodos propuestos para lograrlos.

El concepto resulta atractivo en la medida en que pone el énfasis en la construcción de modos de relación que, de alguna manera, anticiparían los rasgos de una sociedad distinta, no capitalista. En particular, atiende a la acción misma de los sujetos en ese proceso de construcción como experimentación, y aleja la percepción de la acción como instrumento. Pues en el caso de la política prefigurativa, los sujetos prefieren crear y experimentar por sí mismos esas formas de vida, antes que demandar a las instituciones establecidas actuar hacia la creación de aquellas.

De lo expuesto hasta ahora se desprende que las recientes expresiones de lucha por todo el mundo han generado entre los estudiosos de movimientos sociales la sensación de que sus rasgos no han podido ser integrados aceptablemente por el concepto movimientos sociales. Independientemente de la diversidad de nociones propuestas para identificarlos (vía de la subjetividad, estilos de vida, política prefigurativa), es claro que en las luchas contemporáneas hay algo que requiere ser explicado más allá de los marcos analíticos predominantes. Ese “algo” intenta ser captado precisamente mediante la propuesta de nociones que en cierto modo vendrían a complementar los conceptos existentes, en el marco de los enfoques de movimientos sociales.

En este sentido, Ana Cecilia Dinerstein y Séverine Deneulin (2012) han sostenido expresamente que algunas luchas recientes no caben adecuadamente en el concepto movimientos sociales. Por ello sostienen la necesidad de realizar un giro conceptual y epistemológico en el análisis. Según las autoras, en las últimas dos décadas han surgido movimientos que articulan formas de organización y de acción que confrontan a las relaciones sociales capitalistas, así como a los discursos hegemónicos sobre el desarrollo. Estos movimientos cuestionan la idea del desarrollo material como condición para una vida digna, así como las nociones de que es necesario ocupar el poder estatal para generar iniciativas que hagan posible una vida respetuosa del entorno natural. Su búsqueda de una nueva forma de vida, basada en la dignidad humana y, por tanto, en contra de toda explotación y opresión, está acompañada de esfuerzos concretos, autónomos, para poner en marcha esos otros modos de vivir y relacionarse. Ante la imposibilidad de capturar adecuadamente los rasgos de estas luchas con el concepto movimientos sociales, Dinerstein y Deneulin propusieron el término “movimientos esperanza” (*Hope movements*) (2012: 594). Su propuesta de un giro conceptual y epistemológico en el estudio de las luchas se sustenta en la noción de “esperanza” formulada por Ernst Bloch (2007).

Las autoras resaltan en estos movimientos la búsqueda autónoma de formas

de vida que hagan posible la creación de un ambiente en el que los seres humanos podamos vivir con dignidad. Sobre todo, enfatizan su compromiso con prácticas individuales y colectivas que anuncian una realidad que existe-todavía-no (Bloch, 2007), en rechazo no sólo del discurso y las prácticas del desarrollo capitalista, sino incluso de la crítica que plantea alternativas de desarrollo. Al rechazar la noción misma de desarrollo, en sus prácticas estas luchas confrontan directamente a las relaciones capitalistas y tienen, por tanto, una clara dimensión emancipatoria (Dinerstein y Deneulin, 2012).

Como puede advertirse, en el campo de estudios de los movimientos sociales parece abrirse paso una corriente que justifica la pertinencia de retornar a la discusión conceptual, algo que no necesariamente ha sido bienvenido en este ámbito, si atendemos a la afirmación de Mario Diani (2015). Esta afirmación merece ser aclarada pues parecería contradecir lo que hemos afirmado en la primera parte de este trabajo. Antes dijimos que las propuestas de renovación de los enfoques existentes caracterizarían el campo de estudios de los movimientos sociales. Pero esa renovación ha sido urgida ante todo por la necesidad de dar cuenta de rasgos empíricos que aparecen como novedosos y que no pueden ser explicados de manera plausible por las concepciones existentes. No ha implicado, sin embargo, una discusión sobre el propio concepto. Una discusión que enfrenta la dificultad inherente a la existencia de múltiples definiciones del concepto (Diani, 2015; McAdam y Snow, 2010; Snow, Soule y Kriesi, 2007). Frente a esa proliferación de definiciones, sin embargo, se ha propuesto la existencia de una serie de dimensiones que las caracterizarían. En este sentido, Mario Diani (1992) contrastó en un artículo las definiciones propuestas por autores representativos de los enfoques predominantes en la época (perspectiva del comportamiento colectivo, teoría de la movilización de recursos, perspectiva del proceso político y enfoque de los nuevos movimientos sociales). Consideraba que las diferencias eran más aparentes que reales y propuso definir a los movimientos sociales como “redes de interacción informal entre una pluralidad de individuos, grupos y/u organizaciones involucrados en un conflicto político y/o cultural, a partir de una identidad colectiva compartida” (Diani, 1992: 3).

Por otra parte, en su compilación sobre movimientos sociales, McAdam y Snow (2010) consideraron que las distintas definiciones incluyen cierto grado de organización, de continuidad temporal, objetivos orientados al cambio y cierto uso de formas de acción no institucionales. A partir de estos elementos, propusieron definir al movimiento social como una “colectividad débilmente integrada que actúa con cierto grado de organización, continuidad temporal y

dependencia de formas no institucionales de acción para promover o resistir al cambio en el grupo, sociedad u orden mundial del que es parte” (McAdam y Snow, 2010: 1).

En otra compilación sobre el tema, Snow, Soule y Kriesi (2007) consideran que, a pesar de las diferencias de énfasis, la mayoría de las conceptualizaciones de movimientos sociales se basan en al menos tres de los siguientes “ejes” conceptuales: acción colectiva, demandas u objetivos orientados al cambio, cierto grado de acción colectiva no institucional o extrainstitucional, cierto grado de organización y de continuidad temporal. A partir de ellos propusieron definir a los movimientos como “colectividades que actúan con cierto grado de organización y continuidad fuera de los canales institucionales u organizacionales, con el propósito de desafiar o defender a una autoridad existente que está basada institucional o culturalmente, en el interior del grupo, sociedad, cultura u orden mundial del que son parte” (Snow, Soule y Kriesi, 2007: 11). Aunque no pretendemos que estas definiciones sean representativas en modo alguno, consideramos que son útiles para contar al menos con una visión relativamente aceptable de la manera en que se concibe a los movimientos sociales. Estas definiciones, en particular, nos permiten continuar con la discusión a partir de plantear la siguiente cuestión: si no existe una definición aceptada universalmente de movimientos sociales, ¿cómo es posible sostener la necesidad de una crítica del concepto, a pesar de las variaciones existentes en su definición? ¿Qué es aquello que perciben los analistas que hemos referido antes, que no podría ser adecuadamente comprendido por las definiciones existentes?

Como afirmamos anteriormente, a pesar de las diferentes formas de concebir a los movimientos sociales, hay algo en las expresiones más recientes que los estudiosos consideran que no puede ser explicado de manera plausible por las aproximaciones actuales. Consideramos que ese “algo” está referido a la predominancia de las acciones que tienden concretamente a la construcción de un mundo de relaciones distintas. Esa construcción implica una renuncia a la formulación de demandas a una entidad distinta a los propios sujetos. Un rechazo de la instrumentalización de la acción que supone la separación entre la lucha y sus objetivos. Los objetivos son exteriores a la acción misma y, por tanto, independientes de ella. No pretendemos profundizar en la discusión de cuáles sean aquellos rasgos que los analistas han observado, y con base en los cuales justifican sus consideraciones en el sentido de la necesidad de reformular o repensar el concepto de movimiento social. Solamente hemos querido apuntar de manera sumamente sintética lo que consideramos es el punto de partida para

el planteamiento de un enfoque distinto para el estudio de los fenómenos que hasta ahora se han enmarcado en la noción de movimiento social.

Consideramos que la discusión, que Dinerstein y Deneulin (2012) justifican, por la necesidad de un giro conceptual y epistemológico, está plenamente sustentada. Sostendremos aquí una propuesta que se acerca a la de estas autoras, aunque implica el retorno a conceptos abandonados por la reflexión sobre los movimientos sociales, como los de clase y lucha de clase. Intentaremos así sentar algunas ideas existentes en ámbitos no pertenecientes al campo de estudios de los movimientos sociales, que consideramos permiten comprender los rasgos que desde este campo se definen como “innovaciones”. Se trata de un planteamiento junto a otros, como el de Dinerstein y Deneulin (2012), o incluso como el de Bayat (2012) que, para referirse a las luchas de los habitantes urbanos de ciudades árabes, utiliza el término de “no-movimiento”.

Sin embargo, lo que aquí proponemos es la recuperación de los conceptos “lucha” y “lucha de clases” desde la tradición del marxismo abierto, y en particular de la obra de Johan Holloway (2010, 2011), para comprender el despliegue de los sujetos en la construcción de nuevas formas de relación. En lo que sigue proponemos una discusión del problema de la lucha y la crítica de una noción “sociológica” de la lucha de clases. Finalmente argumentamos que la concepción del carácter antagonico de las relaciones sociales capitalistas justifica la consideración de los movimientos sociales como “modo de existencia” de la lucha.

### EN TORNO AL PROBLEMA DE LA LUCHA

En una entrevista sobre la publicación del primer tomo de su *Historia de la sexualidad*, Michel Foucault (2011) señalaba el hecho notable de que, en los análisis marxistas, basados en la categoría lucha de clases, se prestara tan poca atención al primer término: “lucha”. En contraste, el problema relativo a la definición de “clase” había generado debates interminables. Las discusiones tendrían como objeto el establecimiento de una definición precisa de la clase. Qué es, a quién se puede incluir en ella, es decir, el problema de su referente empírico habría ocupado la atención de los marxistas, descuidando en cambio la cuestión de la “lucha”. Así, tanto desde la tradición marxista, como fuera de ella – en este caso con claros propósitos de cuestionamiento de la categoría -, el objetivo predominante ha consistido en establecer un concepto de clase para, posteriormente, definir los rasgos empíricos que permitirían identificar a los

sujetos concretos que la integrarían.

El problema de la adecuada conceptualización de la “clase” en el sentido marxista, sin embargo, no estaba limitado a la resolución de un problema puramente teórico. Estaba determinado ante todo por la necesidad de establecer si a las luchas concretas podría atribuírseles o no un carácter de clase. En consecuencia, se desplegaron grandes esfuerzos desde diversas corrientes dentro del propio marxismo, en torno a la construcción de una definición que el propio Marx nunca propuso. Una carencia cuyas razones quizá no solamente se encuentran en el hecho de su muerte antes del término de la redacción del capítulo dedicado a las clases sociales en *El Capital* (1985). En este sentido, valdría la pena recordar aquí la prevención de Bensaïd (2003: 154) sobre el hecho de que Marx “no procede por definición (por enumeración de criterios), sino por ‘determinación’ de conceptos (productivo/improductivo, plusvalía/ganancia, producción/circulación), que tienden a lo concreto al articularse en el seno de la totalidad”.

No obstante, esta observación de enorme relevancia, se desplegaron esfuerzos que precisamente procedían por “definición”, es decir, que intentaban enumerar los rasgos característicos de la clase. El problema, entonces, se encontraba precisamente en cómo hallar esos rasgos que permitieran clasificar en unas cuantas categorías a la enorme diversidad que se observaba en los individuos concretos. Este modo de plantear la cuestión constituye lo que Richard Gunn (2004) denominó una concepción “sociológica” de la clase y que, tratándose de las variantes marxistas, Werner Bonefeld (2004) caracterizó como “marxismo sociológico”. Una paradoja que no puede pasarse por alto si atendemos al hecho de que, como señala de nuevo Bensaïd (2003), la obra de Marx es una sociología negativa o una “antisociología”.

A pesar de ello, la tarea de definir con precisión el concepto de clase desde la tradición marxista se ha desplazado mayoritariamente por esta vía sociológica, aunque con diferencias evidentes. En su enorme diversidad, los esfuerzos pueden ser clasificados, para fines meramente expositivos e introductorios, en marxismos “empiristas” y marxismos “estructuralistas” (Gunn, 2004). Los primeros intentan identificar las propiedades o rasgos compartidos por un grupo de individuos, precisamente aquellos que los convertirían en una clase. Los segundos proponen definir a la clase como un lugar especificado estructuralmente, que vendría a ser ocupado empíricamente por individuos concretos.

En el caso de los marxismos “empiristas”, el esfuerzo se orientó a superar una definición estrecha de la clase basada exclusivamente en la propiedad de

los medios de producción (ver por ejemplo, Sánchez Ramos, 1996), susceptible de incluir la posibilidad de que la clase apareciera con ropajes distintos, no clasistas, como resultado de escenarios políticos particularmente represivos. En el caso de los marxismos “estructuralistas”, el punto de partida ha sido rechazar la consideración de la fisonomía, de los rasgos sociológicos de los actores para establecer su carácter de clase (para un ejemplo en Latinoamérica, ver Vilas, 1995). En cambio, habría que mirar a una estructura de la división del trabajo, las relaciones de propiedad y el sistema productivo. Las diversas posiciones estructurales determinadas por el sistema de organización de la producción establecerían algo así como las clases “puras” de la sociedad capitalista que no corresponderían, sin embargo, a las “identidades” que aparecen en el escenario político. En el tránsito de una posición estructural a una identidad en lucha habría un proceso mediado por aspectos como, por ejemplo, el modo de vida, factores étnicos, etc. En consecuencia, en su configuración empírica las clases podrían aparecer como identidades que no corresponderían a las clases “puras” de la sociedad capitalista, es decir, a la burguesía y el proletariado.

Como señalamos anteriormente, el objetivo de las discusiones sobre el concepto de clase no se agota en sí mismo, sino que está en relación con el problema de las luchas concretas. La cuestión de la lucha de clases se atendió entonces en términos de cómo acreditar el carácter de clase de los sujetos involucrados en una lucha, o bien de sus demandas u objetivos, y no de determinar con claridad lo que significa la lucha misma. Esta noción implica entonces que, en el amplio abanico de las luchas sociales, algunas tendrían carácter de clase y otras no.

Los intensos debates no concluyeron con la ansiada definición “auténticamente” marxista. Fracaso que incluso condujo al abandono de los conceptos de clase y lucha de clase. Para nuestros propósitos, consideramos fundamental considerar que la observación de Foucault (2011) partía de la separación entre la clase y la lucha. Es decir, implicaba emprender el trabajo extraordinario de lograr su definición por separado, para después vincularlas. El propósito de identificar en primer término los rasgos de una clase para tratar de establecer con posterioridad el carácter de luchas concretas implica la preexistencia de la clase en relación con la lucha. Para decirlo de otra manera, la noción de lucha de clases se habría convertido en el procedimiento de búsqueda de las “clases que luchan”. La lucha como predicado de la clase.

Vale la pena recordar que este apartado comenzó planteando la notable desaparición en la tradición marxista, de la reflexión sobre el problema de la lucha y en cambio su enfoque exclusivo en el problema de la clase. Aparentemente,

habríamos recaído en ese procedimiento al referirnos en los últimos párrafos a la cuestión de la clase. Sin embargo, nuestra argumentación implica que la discusión sobre la clase no puede darse de manera separada con respecto a la de la lucha. En este sentido, nos posicionamos desde el rechazo a la noción “sociológica” de la clase y su búsqueda de “clases que luchan”, con el propósito de reivindicar la concepción de la “clase como lucha”. Concepción que ha sido planteada por autores identificados con la corriente del denominado “marxismo abierto” (Bonnet, Holloway y Tischler, 2005).

Sin el ánimo de sintetizar en este espacio el contenido de las reflexiones desarrolladas desde la perspectiva del “marxismo abierto”, nos interesa señalar solamente la centralidad que adquiere en ella la concepción de la lucha. Para decirlo en pocas palabras, la noción de lucha se desprende de la concepción del capital. En este sentido, el capital no es definido como una cosa sino como una relación social, “y esa relación social es antagónica, es una lucha” (Bonnet, Holloway y Tischler, 2005: 2). El capital, entonces, no produce lucha, más bien es lucha, y no solo eso, sino lucha de clases. Pero ¿cómo justificar esta afirmación? La respuesta implica, por supuesto, partir de una noción distinta de clase y de lucha.

En contra de la reducción de la clase a un grupo humano, John Holloway (2004) ha postulado su concepción como un polo antagónico de la relación capitalista y, ante todo, como lucha, eliminando la separación entre ambas a la que hemos hecho referencia anteriormente:

La crítica destruye inevitablemente cualquier idea de la clase como grupo definido o como sujeto puro [...] La lucha de clases, entonces, no puede ser entendida como una confrontación entre dos grupos de gente claramente separados [...] A pesar de las interminables discusiones marxistas por definirla, el reto teórico no es definir (o encerrar) la clase, sino entender los antagonismos que rompen cualquier definición de clase (Holloway, 2004: 13).

Pero no sólo el capital, sino la clase debe ser también entendida como una relación social y, particularmente, como una relación de lucha (Gunn, 2005). “La lucha es el sujeto: la capacidad colectiva de pensar contra la dominación y contra sí mismo” (Bonnet, Holloway y Tischler, 2005: 4).

¿Qué significa esto? El punto de partida de esta concepción es el reconocimiento del antagonismo como fundamento de la sociedad capitalista. La existencia humana en esta sociedad está basada en la negación del trabajo concreto por el trabajo abstracto. Esa negación, expresada en la forma mercancía, implica que

los productos del trabajo humano adquieren el carácter de cosas. Pero no sólo eso, sino cosas que implican una separación con respecto al productor de ellas. Separación entre sujeto y objeto, entre el sujeto creador y lo creado, entre el productor y su producto. La relación de capital crea un mundo que nos separa de los productos de nuestra propia actividad humana, que niega el entrelazamiento de nuestras actividades, que produce eso que Holloway llama la “ruptura del flujo social del hacer” (2010: 49). Esa ruptura, al separar el hacer de lo hecho, “fetichiza” la realidad social, convirtiendo un mundo de relaciones sociales en un mundo de cosas, separadas de quienes las hacen y opuestas a ellos. El mundo entonces se nos aparece no solamente como un mundo de cosas, sino como un mundo que acontece, que parece existir por sí mismo, desplegarse en su propia lógica, ajena a la actividad creativa humana. Ese mundo se nos muestra como el marco en que se despliegan nuestras acciones y relaciones, en lugar de aparecer como constituido por esas acciones y relaciones.

Esta apariencia no es el resultado de un defecto en la percepción o de simple ignorancia. En cambio, es el resultado del modo en que realizamos la actividad creadora humana en la forma de “trabajo”, de una práctica que determina su exteriorización en formas que la niegan y que se aparecen en la conciencia como la realidad misma. Se trata del fenómeno que Marx (1986, p. 38) llamó en *El Capital*, “fetichismo”:

Lo que aquí reviste, a los ojos de los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres... A esto es a lo que yo llamo el fetichismo bajo el que se presentan los productos del trabajo tan pronto como se crean en forma de mercancías y que es inseparable, por consiguiente, de este modo de producción.

Lo característico del fetichismo de la sociedad capitalista, es que organiza prácticamente todas las relaciones sociales (Tischler, 2010). En cualquier ámbito, lo que es creación humana no solamente se aparece como algo independiente de su creador, sino que además lo niega. Pero negación no significa supresión; la actividad humana que crea objetos para el uso no desaparece en el trabajo capitalista, pues aquella actividad constituye su verdadero movimiento. Esa actividad humana sólo puede ser negada, pero no suprimida. Esto implica que, en la sociedad organizada por la relación de capital, lo que es negado sigue existiendo en el “modo de su negación” (Gunn, 2005), como “modo de existencia”. El postulado de un “modo de existencia” de lo real nos conduce entonces a la categoría de “forma”. En la forma, una relación sustancial existe en

el modo de su negación. Las relaciones sociales, sustanciales, existen de un modo que las fetichiza, las convierte en cosas negando su carácter de exteriorización de aquellas.

Holloway (2010) añade, sin embargo, que las formas en que se exteriorizan las relaciones sociales no son algo dado. Las formas fetichizadas no son acabadas, constituidas de una vez y para siempre. No lo son porque las relaciones sociales que se exteriorizan en la forma están en permanente constitución. Lo están porque lo que es negado no puede sino existir como resistencia. Esa resistencia contra la negación significa que son relaciones de lucha, relaciones de dominación y explotación capitalistas, y resistencia contra ellas. La reproducción del capital y la existencia de formas de exteriorización de las relaciones sociales solo pueden darse en la medida en que la lucha existe de manera permanente. Y el resultado de esa lucha no está predeterminado ni opera de manera automática, no se trata de la operación de una estructura, sino de una dinámica permanente generada por la resistencia.

Pero la fetichización no es resultado de una fuerza extraña que se oponga a los sujetos. Es, en cambio, producto de la propia práctica de esos sujetos en las condiciones de la sociedad capitalista. Son los propios sujetos quienes reproducen, con su propia práctica, la fetichización de las relaciones sociales, la negación de su propio hacer en la forma de trabajo capitalista. Y desde lo que es negado por la fetichización, desde el mismo hacer humano, surge la resistencia. Se resiste a la fetichización, se niega a la negación del sujeto que es resultado de la actividad práctica en la sociedad capitalista. En su propia actividad, el sujeto fetichiza el mundo, pero al mismo tiempo se resiste a ello.

En la sociedad capitalista los sujetos reproducen con su práctica cotidiana su subordinación, pero, al mismo tiempo, se resisten al aplastamiento de su dignidad, de su humanidad. En la misma práctica que reproduce, no en una distinta. No se trata de establecer una separación entre prácticas que reproducen y prácticas que resisten, prácticas de subordinación y prácticas de insubordinación. La insubordinación se encuentra ya en la propia relación de subordinación, y viceversa, la insubordinación está penetrada por la subordinación (Holloway, 2009). Esto hace que nuestras existencias sean contradictorias:

Vivir en una sociedad capitalista no nos convierte necesariamente en insubordinados, pero sí significa que nuestra existencia está desgarrada por el antagonismo entre subordinación e insubordinación. Vivir en el capitalismo quiere decir que la nuestra es una existencia antagónica. No es simplemente que estemos de un lado del antagonismo entre las clases,

sino que también el antagonismo clasista divide a cada uno de nosotros (Holloway, 2009: 9).

Esta concepción de la determinación mutua entre subordinación e insubordinación implica que la lucha es tal en la medida en que constituye una expresión de la práctica misma de subordinación. No se trata de una lucha que sea exterior a la misma subordinación sino precisamente en relación con ella. Este punto de vista abre ante nuestra mirada una gran cantidad de manifestaciones cotidianas, individuales y colectivas que constituyen el despliegue mismo de la lucha. Manifestaciones que son ignoradas, invisibilizadas por las nociones de movimientos sociales, que se enfocan directamente en las expresiones abiertas de confrontación, colectivas, públicas, fuera de la vida ordinaria.

### MOVIMIENTO SOCIAL Y LUCHA

La importancia de referirnos a un “proceso de fetichización” más que a un fetichismo acabado es que ponemos el énfasis en el aspecto dinámico, en el movimiento. Ese movimiento es lucha. Lucha por fetichizar las relaciones sociales, pero al mismo tiempo lucha contra la fetichización. Un proceso que expresa el antagonismo de la sociedad capitalista.

Lo que se aparece de manera inmediata, en consecuencia, no es sino la “forma”, el “modo de existencia” de una relación antagónica. Una relación de lucha entre lo que es negado y la reproducción de su propia negación. La lucha no es una alternativa para lo que es negado, sino el único modo de existir. La creatividad, la necesidad de expresar su propia subjetividad conduce inevitablemente a los sujetos a luchar en contra de su propia negación. Esa lucha constituye precisamente la clase; no es, entonces, un grupo ni una cosa. Es el acto de la lucha mismo:

En ese sentido, lo colectivo es una acción que traspasa y hace estallar la forma aparente de la objetividad social, plasmada como un mundo separado y autónomo que somete a los seres humanos a su lógica. Y ese “instante” es la clase entendida como condensación de la insubordinación de la materialidad de la existencia humana en acto, condensación pues del trabajo como autodeterminación en contra de su existencia como trabajo asalariado (subordinado al capital) ... (Tischler, 2004: 113).

La clase y la lucha no son objetos sino acción humana. Por ello la lucha de clase no significa luchar como clase trabajadora, por la afirmación de ese carácter, sino en contra de ello, en contra de ser clasificados (Holloway, 2004a.). Y tal lucha no tiene un espacio ni un momento particulares, sino que se expresa en toda práctica social, como lucha entre las tentativas de sujetarla a las formas fetichizadas y

los intentos de vivir “contra-y-más-allá-de-estas-formas” (Holloway, 2004a). La lucha es la condición de existencia de las relaciones sociales capitalistas, no un resultado ni un momento extraordinario de ellas.

Como una forma de práctica social, la lucha en contra de la fetichización, en contra de la reducción del hacer a trabajo asalariado, en contra de la negación de la creatividad y la dignidad humana, también se despliega en un “modo de existencia”, en una “forma”. Y como tal, esa forma niega lo que la constituye, precisamente el carácter de lucha de clase, de lucha antagónica en contra y más allá del capital (Holloway, 2010). Esa forma son precisamente los movimientos sociales: el modo de existencia de la lucha. Un modo de existencia que al mismo tiempo niega la lucha como antagonismo contra el capital y la canaliza como movimiento social, como relación de subordinación frente a la institucionalidad establecida, como formulación de demandas o como protesta. Pero, en términos de lo expuesto, al ser la negación de la lucha, inevitablemente implica la resistencia: las tentativas de los sujetos por negar a la “forma” movimiento.

La idea de concebir a los movimientos como una forma de existencia de la lucha, en su modo de ser negada, afirma que son al mismo tiempo constituidos por la resistencia de los sujetos a ser encuadrados en esa forma. El concepto movimientos sociales fetichiza la lucha, en él desaparecen los sujetos en la acción creativa de resistir contra la negación de su propia humanidad. En cambio, nos muestra a sujetos que rechazan tal o cual decisión concreta, que deciden actuar colectivamente en pos de objetivos determinados. Así, acción colectiva y orientación hacia determinados objetivos se convierten en rasgos característicos de los movimientos. Pero esa orientación, al estar separada de los modos de actuar colectivamente, termina por atribuir un carácter instrumental a estas últimas. Su sentido se encuentra fuera de ellas, precisamente como objetivo a lograr. Su relación es de exterioridad: una misma forma de acción puede conducir al logro de diversos objetivos, y diversas formas de acción pueden ser útiles para un mismo objetivo.

El rechazo de esa separación entre objetivos y acción constituye un elemento que ha sido percibido de manera muy clara en los análisis que se han desarrollado desde diversas perspectivas, y a los que nos referimos anteriormente. Sea como activismo de la vía de la subjetividad (Pleyers, 2010), como movimientos de estilo de vida (Haenfler, Johnson y Jones, 2012), como política prefigurativa (Yates, 2015), como movimientos esperanza (Dinerstein y Deneulin, 2012), o como no-movimientos (Bayat, 2012), es evidente que en las expresiones recientes aparecen tendencias que se rehúsan a formular demandas que deban ser atendidas por instancias ajenas a los sujetos. En cambio, los sujetos confían en la construcción de nuevas formas de

vida que confrontan al modo capitalista de producción y dominación mediante experiencias prácticas. Incluso Della Porta (2015) y Wiewiorka (2012) consignan estas formas de acción como aspectos relevantes de lo que llaman la “protesta contemporánea”.

Esos rasgos, que se consideran como “novedades” que de tanto en tanto aparecen en las expresiones de los movimientos sociales, constituyen precisamente un desbordamiento de la “forma” movimiento social. Es decir, la expresión de la lucha de los sujetos en contra de ser sometidos a la “forma”, que reduce el antagonismo a mero conflicto. La lucha, como expresión del antagonismo propio de la relación capitalista, se exterioriza en la forma movimiento social. Pero en esa exteriorización la niega al mismo tiempo. Y la acción de los sujetos que resisten, la lucha, desborda esa “forma” que es su propia negación. Como señalamos antes, la lucha existe en su modo de ser negada, como movimiento social. Pero también resistiendo a esa forma, desbordándola.

Las luchas son negadas en la forma movimiento social en virtud de que, como señala Holloway (2007), han sido canalizadas, han sido llevadas a adoptar el lenguaje y los métodos del adversario: han sido conducidas a una concepción militar del cambio, a una visión instrumental de la acción en la que se definen adversarios, se diseñan estrategias y se deciden modos y momentos de la acción. Esa canalización es lo que los sujetos resisten y que se expresa como “novedades” de los movimientos. Los sujetos resisten mediante la definición de sentidos distintos para sus luchas. Algunas logran crear sus propios métodos y lenguaje, que no son comprendidos por el poder: “La rebeldía habla un lenguaje que el Estado capitalista no entiende, usa una gramática que no tiene sentido para los que mandan, canta una canción que lastima los oídos de los poderosos” (Holloway, 2007: 82-83). Precisamente por ello, porque las luchas adoptan un lenguaje, una gramática y unos métodos propios - como han afirmado los zapatistas -, ‘no se ven’ porque no se sujetan a los tiempos y espacios del poder (Regalado, 2007: 13). Y, añadimos nosotros, no se ven tampoco desde los análisis que se enmarcan en el concepto movimientos sociales. Esta invisibilidad de las luchas resulta precisamente de una limitación epistemológica que atiende a lo inmediato. No significa que ahí estén y que simplemente se les ignore. No pueden ser vistas sencillamente porque las categorías que pretenden dar cuenta de ellas son la expresión de su negación.

Sostenemos, por ello, la necesidad de poner en cuestión esos supuestos y métodos de análisis que se derivan del concepto movimientos sociales. No porque sean falsos sino porque limitan, porque probablemente iluminan dimensiones

relevantes de la protesta, porque explican lo que se aparece inmediatamente, pero niegan el carácter esencial de la lucha que en ellos se expresa, el antagonismo social que está en su constitución. No se trata solamente, entonces, de una disputa epistemológica, sino de una expresión de la propia lucha de clase. Resistir a la conceptualización que niega la existencia del antagonismo es, por tanto, un esfuerzo por mirar más allá de lo inmediato y reconocer la existencia del antagonismo fundamental de la sociedad capitalista que desgarrar nuestra existencia.

### **A MODO DE CONCLUSIÓN**

Después del abandono de las nociones de clase y lucha de clase, originado en las concepciones sociológicas del marxismo, que dio lugar a la hegemonía del marco analítico de los movimientos sociales, es el despliegue de la propia lucha lo que ha determinado la necesidad de mirar más allá de lo establecido. Apuntar más allá de las expresiones de resistencia en su inmediatez y avanzar en el reconocimiento de la lucha como constitutiva de la existencia social en el capitalismo. Como quedó establecido, las “innovaciones” que cada vez con mayor frecuencia se observan en las manifestaciones de la lucha conducen a la necesidad de superar la búsqueda de adecuaciones a las conceptualizaciones existentes y de descubrir en su interior el potencial creador de la negación. A mirar en la acción de los sujetos no solamente el rechazo a un modo de organizar sus vidas sino a la construcción en marcha de modos distintos de relacionarse y tomar en sus manos la conducción de sus propios destinos.

Hemos argumentado que una concepción de la clase como lucha, rechazando la separación entre ambas categorías, nos permite no solamente comprender los rasgos que adoptan las luchas recientes. Además, nos conduce a la posibilidad de reconocer mil y un modos más de expresión de esa resistencia a la manera capitalista de organización, modos hasta hoy invisibilizados por la noción de movimientos sociales. Una noción que niega a la propia lucha y la reduce a mero conflicto, a la búsqueda de satisfacción a demandas susceptibles de ser procesadas en el marco de las relaciones existentes. La negación de ese concepto, por tanto, se convierte también en un modo de expresión del antagonismo y de la lucha que son constitutivos de la sociedad capitalista.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Bayat, A. (2012). "Politics in the City-Inside-Out". *City & Society*, vol. 24 (2): 110-128. American Anthropological Association. DOI: 10.1111/j.1548-744X.2012.01071.x. Consulta: 5 de julio de 2017.
- Bensaïd, D. (2003), *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- Bonefeld, W. (2004). "Clase y constitución". En John Holloway (comp.), *Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 33-68. Buenos Aires, Argentina: Universidad Autónoma de Puebla/ediciones Herramienta.
- Bonnet, A., Holloway, J. y Tischler, S. (comps.) (2005). "Prólogo". *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*, vol. I, pp. 1-6. Buenos Aires, Argentina: Universidad Autónoma de Puebla/Ediciones Herramienta.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*, 3 vols. Edición de Francisco Serra. Madrid, España: editorial Trotta, segunda edición.
- Boggs, C. (1977). "Marxism, prefigurative communism and the problem of workers' control". *Radical America* 11 (november). Recuperado de: <https://libcom.org/library/marxism-prefigurative-communism-problem-workers-control-carl-boggs>. Consulta: 5 de julio de 2016.
- Della Porta, D. (2015). *Social movements in times of austerity. Bringing capitalism back into protest analysis*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- Della Porta, D., y Diani, M. (2006). *Social movements. An introduction*. Reino Unido: Blackwell Publishing.
- Diani, M. (1992). "The concept of social movement". *The Sociological Review*, 40: 1-25. DOI:10.1111/j.1467-954X.1992.tb02943.x
- Diani, M. (2015). "Revisando el concepto de movimiento social". *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, No. 9, pp. 1-16. Recuperado de: <http://www.encrucijadas.org/index.php/ojs/article/view/161>. Consulta: 21 de julio de 2017.
- Dinerstein, A. C., Deneulin, S. (2012). "Hope movements. Naming mobilization in a Post-development world". *Development and change* 43(2): 585-602. International Institute of Social Studies. DOI: 10.1111/j.1467-7660.2012.01765.x.
- Farber, S. (2014). "Reflexiones sobre la política prefigurativa". *Nueva Sociedad*, 251, mayo-junio. Recuperado de: [www.nuso.org](http://www.nuso.org). Consulta: 13 de mayo de 2016.
- Foucault, M. (2011). "No al sexo rey. Entrevista por B. Henry-Levy". *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (5ª. reimpresión), pp. 157- 173. Madrid, España: Alianza Editorial.

- Gunn, R. (2004). "Notas sobre clase". En John Holloway (comp.), *Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 17-32. Buenos Aires: Ediciones Herramienta – Universidad Autónoma de Puebla.
- Gunn, R. (2005). "En contra del materialismo histórico: el marxismo como un discurso de primer orden", en Alberto Bonnet, John Holloway y Sergio Tischler (comps.), *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*, Vol. I, pp. 99-145. Buenos Aires, Argentina: Universidad Autónoma de Puebla/ediciones Herramienta.
- Haenfler, R., Johnson, B., Jones, E. (2012). "Lifestyle Movements: Exploring the Intersection of Lifestyle and Social Movements". *Social Movement Studies: Journal of social, cultural and political protest*, 11 (1): 1-20. Londres: Routledge. Recuperado de <http://vegstudies.univie.ac.at/fileadmin/userupload/pfoodethik/HaenflerR.2012LifestyleMovements.ExploringtheIntersectionofLifestyleandSocialMovements.pdf>. Consulta: 27 de abril de 2016.
- Holloway, J. (2004). "Prólogo". En John Holloway (comp.), *Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 9-15. Buenos Aires, Argentina: Universidad Autónoma de Puebla/ediciones Herramienta.
- Holloway, J. (2004a). "Clase y clasificación". En John Holloway (comp.), *Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 9-15. Buenos Aires, Argentina: Universidad Autónoma de Puebla/ediciones Herramienta.
- Holloway, J. (2007). "México, Argentina, Bolivia: el nuevo mundo posible". En Gustavo Esteva, Raquel Gutiérrez, John Holloway, Adriana López, Rubén Martín, Raúl Páramo, Jorge Regalado, Rafael Sandoval, Sergio Tischler, Raúl Zibechi, *Los movimientos sociales y el poder. La otra campaña y la coyuntura política Mexicana*, pp. 79-90. Guadalajara, México: Brigada Callejera/Cuadernos de la Resistencia/Taller editorial La casa del mago.
- Holloway, J. (2009). "Teoría volcánica". En John Holloway, Fernando Matamoros, Sergio Tischler (comps.). *Pensar a contrapelo. Movimientos sociales y reflexión crítica*, pp. 5-18. Buenos Aires, Argentina: ediciones Herramienta/BUAP/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP.
- Holloway, J. (2010a). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. México: ICSyH/BUAP/Bajo Tierra ediciones/Sísifo ediciones.
- Marx, C. (1985). *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica, vigésima reimpresión.
- Marx, C. (1986). *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- McAdam, D., y Snow, D. (2010). *Readings on social movements. Origins, dynamics and outcomes*. 2a. edición. Nueva York: Oxford University Press.
- Pleyers, G. (2010). *Alter-globalization. Becoming actors in the global age*. Cambridge: Polity.

- Regalado, J. (2007), "Otros horizontes", en Gustavo Esteva, Raquel Gutiérrez, John Holloway, Adriana López, Rubén Martín, Raúl Páramo, Jorge Regalado, Rafael Sandoval, Sergio Tischler, Raúl Zibechi, *Los movimientos sociales y el poder. La otra campaña y la coyuntura política Mexicana*, pp. 79-90. Guadalajara, México: Brigada Callejera, Cuadernos de la resistencia, Taller editorial La casa del mago.
- Rodrigo, E. (2009). "La batalla de Seattle". *Rebelión*. Recuperado de: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=97164>. Consulta: 24/03/17.
- Sánchez Ramos, I. (1996). "Sujetos políticos, una revisión conceptual necesaria". En Ruy Mauro Marini y Márgara Millán (coords), *La Teoría social latinoamericana. Tomo IV: Cuestiones Contemporáneas*, pp. 131-140. México, UNAM/Ediciones El Caballito.
- Snow, D., Soule, S. y Kriesi, H. (2007). *The Blackwell Companion to Social Movements*. Estados Unidos: Blackwell Publishing.
- Tarrés, M. L. (1992). "Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva", *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. X, No. 30, pp. 735-757. México: El Colegio de México.
- Tischler, S. (2004). "La crisis del canon clásico de la forma clase y los movimientos sociales en América Latina". En John Holloway (comp.), *Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 103-127. Buenos Aires, Argentina: Universidad Autónoma de Puebla/ediciones Herramienta.
- Tischler, S. (2010). "La sociedad civil: ¿fetiche?, ¿sujeto?". En John Holloway, Fernando Matamoros y Sergio Tischler, *Pensar a contrapelo. Movimientos sociales y reflexión crítica*, pp. 19-29. Buenos Aires, Argentina: ediciones Herramienta/BUAP/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP.
- Touraine, A. (1981). *The Voice and the Eye*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vilas, C. M. (1995). "Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?". *Sociológica*, año 10 número 28, *Actores, clases y movimientos sociales II*, pp. 60-89. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- Wieviorka, M. (2012). "The resurgence of social movements" (online). *Journal of conflictology*. Vol 3, Issue 2, 13-19. Recuperado de: <http://www.uoc.edu/ojs/index.php/journal-of-conflictology/article/view/vol3iss2-wieviorka/vol3iss2-wieviorka>. DOI: <http://dx.doi.org/10.7238/joc.v3i2.1413>. Consulta: 18 de mayo de 2016.
- Yates, L. (2015). "Rethinking prefiguration: Alternatives, Micropolitics and Goals in Social Movements". *Social Movement Studies*, 14: 1. pp. 1-21. DOI: 10.1080/14742837.2013.870883.
- Zermeño y García-Granados, S. (2013). "Reseña de Geoffrey Pleyers, Alter-globalization. Becoming actors in the global age". *Revista Mexicana de Sociología* 75, núm. 2, pp. 313-316. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.